

843
5.

PQ 2254
7A6
26

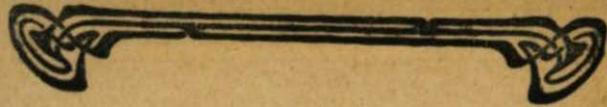


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



EL ANILLO DE AMATISTA

I

La señora de Bergeret abandonó el hogar conyugal conforme lo había anunciado y se retiró á casa de la señora viuda de Pouilly, su madre.

A última hora suponía ya más grato no marcharse, y á poquito que la instaran hubiera consentido en olvidar el pasado para seguir haciendo vida común con el señor Bergeret, su marido, quien ya solamente le inspiraba cierto desprecio por ser un marido burlado.

Estaba dispuesta á perdonar; pero la estimación inflexible de que la sociedad la rodeaba no se lo permitió. La señora Dellion la hizo saber que juzgarían desfavorablemente una debilidad semejante. Los salones de la capital mostráronse unánimes en este punto. Entre los tenderos también hubo una sola opinión: la señora de Bergeret debía retirarse á vivir con su familia. De este modo se interesaban por su virtud y al mismo tiempo se libraban de una persona indiscreta, grosera y comprometedora, cuya vulgaridad, hasta para los más vulgares era muy notoria, y que

molestaba mucho á todos. La hicieron comprender que su marcha era una resolución gallarda.

—Hija mía, la admiro á usted—decía desde el fondo de su butaca la señora Dutilleul, viuda imperecedera de cuatro maridos, mujer terrible, de la cual se había sospechado todo menos que hubiese amado; pero, sin embargo, era muy estimada.

La señora de Bergeret estaba muy satisfecha de inspirar simpatía á la señora Dellion y admiración á la señora Dutilleul. Pero, á pesar de todo, dudaba si marcharse, pues era de carácter case-ro y rutinario, y vivía satisfecha entre la pereza y la mentira. El señor Bergeret aprovechó esta coyuntura para asegurar su libertad. Soportó pacientemente las torpezas de María, su desastrosa criada, símbolo de la miseria, del terror y de la desesperación en aquel hogar donde, según se murmuraba, introdujo ladrones y asesinos, no manifestándose más que por verdaderas catástrofes.

Noventa y seis horas antes del día señalado para la marcha de la señora Bergeret, aquella moza, borracha según costumbre, derramó el petróleo inflamado de la lámpara en el cuarto de su ama, y prendió fuego á las colgaduras de cretona azul del lecho. La señora Bergeret estaba ausente, pasando la velada en casa de su amiga la señora Lacarelle. Al entrar en su habitación vió, en el silencio terrible de la casa, las huellas del siniestro. En vano llamó á la criada, borracha

perdida, y al marido de piedra. Durante largo rato contempló los restos del incendio y las lúgubres señales que el humo había dejado en el techo. Este accidente banal adquiría para ella un carácter místico que la espantaba. Al fin, como su vela se extinguía, estaba muy cansada y hacía frío, se acostó en la cama, bajo el armazón carbonizado donde colgaban negros despojos semejantes á las alas de los murciélagos. Por la mañana, al despertarse, lloró por sus cortinas azules, recuerdo y símbolo de su juventud. Y se lanzó descalza, en camisa, desgrefñada, impresionada por el desastre, gritando y lamentándose por el sombrío aposento. El señor Bergeret nada contestó, pues para él ella no existía.

Por la noche, con la ayuda de la criada María, sacó la cama al centro de la habitación desolada. Pero comprendió que aquel cuarto no era para ella en lo sucesivo un lugar de reposo, y que debía abandonar una morada en la cual, durante quince años, había llevado á cabo las funciones ordinarias de la vida.

Y el ingenioso Bergeret, habiendo alquilado para su hija Paulina y para él una casita en la plaza de San Exuperio se trasladaba de domicilio afanosamente.

Sin cesar iba y venía, escurriéndose á lo largo de las paredes con la agilidad de un ratoncillo á quien se sorprende en sus demoliciones. En el fondo de su corazón esto le regocijaba; pero como era prudente, ocultaba su alegría.

Reflexionando que se hallaba próxima la fecha en que sería preciso entregar las llaves al casero y que era menester marcharse, la señora Bergeret se ocupó también en enviar sus muebles á su madre, que habitaba una casita en las afueras de un pueblecito del Norte. Hacía toda clase de envoltorios de ropa, empujaba los muebles, daba sus órdenes al embalador, estornudando entre la polvareda que se había levantado, y rasgueaba sobre unas cartulinas la dirección de la viuda Pouilly.

La señora de Bergeret sacó de este trabajo algún provecho moral. El trabajo es bueno para el hombre. Le distrae de su propia vida, le aleja de la contemplación espantosa de sí mismo, le impide mirar á ese otro yo que tiene dentro y que le hace la soledad horrible. Es el remedio soberano para la ética y la estética. El trabajo tiene también de excelente que divierte nuestra vanidad, engaña nuestra impotencia y nos comunica la esperanza de un buen acontecimiento. Nos alabamos de dominar por su medio al destino. No concibiendo las relaciones necesarias que ligan nuestro propio esfuerzo á la mecánica universal, nos parece que este esfuerzo está dirigido en favor nuestro contra el resto de la maquinaria. El trabajo nos da la ilusión de la voluntad, de la fuerza y de la independencia. Nos diviniza á nuestros propios ojos. Nos convierte, para nosotros mismos, en héroes, Genios, Demonios, Dioses, en el Dios, pues al fin y al cabo sólo se concibe á Dios

como obrero. Y acaso por estas razones, la señora de Bergeret recobró con los embalajes su ligereza natural y la feliz energía de sus fuerzas animales. Al hacer sus paquetes cantaba alegres romanzas. La sangre que corría presurosa por sus venas la llenaba de gozo el alma. Auguraba un porvenir favorable. Imaginábase iluminada con risueños colores su estancia en el pueblo entre su madre y sus dos hijas menores. Esperaba rejuvenecerse, agradar, brillar, encontrar grandes simpatías, recibir homenajes. ¿Y quién sabe si no la esperaba también la riqueza en la tierra natal de los Pouilly con un segundo casamiento después de un divorcio pronunciado en favor suyo? ¿No podría casarse con un hombre serio, agradable, propietario, agricultor ó empleado, muy distinto de Bergeret?

Los cuidados del embalaje la ocasionaban también satisfacciones particulares y las ventajas de algunas ganancias manifiestas. En efecto: no satisfecha con recoger los muebles que había llevado al casarse y su parte de los bienes gananciales, amontonaba en los baúles objetos que debía evidentemente dejar á su marido. Entre sus camisas puso una taza de plata que el señor Bergeret había heredado de su abuela materna. De igual modo mezcló con sus joyas, que por cierto no eran de gran valor, la cadena y el reloj del señor Bergeret padre, profesor de la Universidad, que habiéndose negado en 1852 á prestar juramento al Imperio, murió en 1873 olvidado y pobre.

La señora de Bergeret no interrumpía sus faenas más que para hacer las melancólicas y triunfantes visitas de despedida. La opinión la era favorable. Los juicios de los hombres son muy varios y no hay un solo rincón en el mundo donde se hallen de acuerdo todas las opiniones. *Tradidit mundum disputationibus eorum*. La propia señora Bergeret era un motivo de disputas corteses y de secretas disensiones. La mayoría de las señoras de la sociedad burguesa la juzgaban irreprochable, puesto que la recibían. Algunas, sin embargo, sospechaban que su aventura con el señor Roux no era por completo inocente; al menos eso decían. Una la criticaba, otra la excusaba, otra aprobaba su conducta, culpando de todo al señor Bergeret, que á su juicio era un mal hombre.

Esto, además, estaba en duda todavía, habiendo personas para quienes el señor Bergeret era un hombre tranquilo, bondadoso, aborrecible solamente por su inteligencia demasiado sutil que ofendía á la inteligencia vulgar.

El señor de Terremondre afirmaba que Bergeret era muy afectuoso, á lo que la señora Dellion contestaba que si fuera realmente bueno, no se separaría de su mujer, aunque ésta fuera mala.

—Esa sería la verdadera bondad—insinuaba ella—, pues no tiene mérito acomodarse á una mujer encantadora.

Y la señora Dellion decía también:

—El señor Bergeret se obstina en conservar á

su mujer á su lado, pero ella le abandona, y tiene razón. Ese es el castigo del señor Bergeret.

Así la señora Dellion sostenía dos opiniones que no concuerdan muy bien juntas, porque los pensamientos humanos están conducidos, no por la fuerza de la razón, sino por la violencia del sentimiento.

A pesar de ser inciertos los juicios de las gentes, la señora Bergeret hubiera dejado en la ciudad buena reputación, si la víspera de su marcha, al hacer la visita de despedida á la señora de Lacarelle, no hubiera encontrado solo en el salón al señor Lacarelle.

* * *

Gustavo Lacarelle, secretario del prefecto, tenía espesos y largos bigotes rubios, que acentuando su fisonomía, indicaban desde luego su carácter. Desde su juventud, cuando estaba en la Universidad, sus compañeros le encontraban cierto parecido con esos galos que se ven esculpidos ó pintados por los últimos artistas románticos. Algunos observadores más sutiles, atendiendo á que su abundante bigote hallábase colocado bajo una pequeña nariz y dominado por una mirada placentera, llamaban á Lacarelle «la Foca». Pero este nombre no prevaleció contra el de «Galo». Lacarelle fué siempre «el Galo» para sus camaradas, que concibieron la idea de que debía beber mucho, batirse, perseguir á las mozas, para amoldarse en la realidad tanto como en la apariencia

al personaje que representa un francés á través de los siglos, y le obligaban en las comidas á beber más de lo que él hubiera deseado; no entraban con él en una cervecería sin empujarle inmediatamente contra una camarera cargada de platos.

Cuando regresó á su país para casarse y cuando por una fortuna, única en su tiempo, fué agregado á la administración central del departamento del cual era oriundo, Gustavo Lacarelle siguió siendo el «Galo» para los magistrados y abogados que frecuentaban su casa. Pero el pueblo ignorante no le concedió aquel honroso apodo antes del año 1895, en el transcurso del cual se inauguró en el terraplén del puente nacional la estatua de Eporédorix.

Veintidós años antes, bajo la presidencia de Thiers, se había decidido erigir, por suscripción nacional, con el concurso del Estado, un monumento al jefe galo Eporédorix, que el año 52 antes de Cristo sublevó contra César los pueblecitos de la orilla del río y puso en peligro á la pequeña guarnición romana, rompiendo el puente de madera que aseguraba sus comunicaciones con el grueso del ejército. Los arqueólogos de la ciudad creían que esta aventura militar se había realizado en su pueblo y fundaban su creencia en un pasaje de los *Comentarios*, del que se valía cada sociedad sabia de la región para asegurar que el puente de madera, roto por Eporédorix, estaba situado precisamente en la ciudad donde ella residía.

La geografía de César está llena de vaguedades; el patriotismo local es arrogante y celoso. La capital del departamento, tres suprefecturas y cuatro cabezas de partido, se disputaban la gloria de haber degollado á los romanos con la espada de Eporédorix.

Las autoridades competentes zanjaron la cuestión en favor de la capital. Era una ciudad indefensa, que en 1870, después de una hora de bombardeo, tuvo, no sin tristeza ni cólera, que dejar penetrar al enemigo dentro de sus muros, ya ruinosos en tiempo de Luis XI y cubiertos de hiedra. Había sufrido los rigores de la ocupación militar, la opresión, el rescate. El proyecto de erigir un monumento á la gloria de un jefe galo fué acogido con entusiasmo. El pueblo, que se sentía humillado, agradeció á aquel antiguo compatriota que le diera una ocasión de enorgullecerse. Glorioso después de mil quinientos años de olvido, Eporédorix reunió á los ciudadanos en un mismo sentimiento de amor filial. Su nombre no inspiró desconfianza á ninguno de los partidos políticos que dividían entonces la nación. Oportunistas, radicales, constitucionales, realistas, orleanistas, bonapartistas, todos contribuyeron con sus donativos á tal empresa y la suscripción fué casi cubierta aquel año. Los diputados del departamento obtuvieron el concurso del Estado para completar la cantidad necesaria. Se encargó la estatua de Eporédorix á Mateo Michel, el discípulo más joven de David de Angers, aquel á quien su maes-

tro llamaba el niño de su ancianidad. Mateo Michel, que tenía entonces cincuenta años, puso manos á la obra y modeló el barro con valentía, pero con alguna torpeza, pues el escultor republicano nada había modelado durante el Imperio. En menos de dos años terminó la figura, cuyo vaciado en yeso fué expuesto en el Salón de 1873, con muchos otros jefes galos reunidos en la extensa galería, entre las palmeras y begonias. Cumpliendo las formalidades exigidas por el gobierno, la estatua de mármol no se hizo hasta cinco años más tarde, después de lo cual surgieron tales dificultades administrativas, se originaron tales conflictos entre la ciudad y el Estado, que hicieron temer que la estatua de Eporédorix no se erigiría nunca sobre el terraplén del puente Nacional. Pero, sin embargo, lo fué en Junio de 1895. La estatua, enviada desde París, fué recibida por el prefecto, que hizo entrega solemne de ella al alcalde de la ciudad. El escultor Mateo Michel llegó al mismo tiempo que su obra. Tenía entonces más de setenta años. El pueblo entero admiró su cabeza de viejo león con la melena blanca. La inauguración del monumento tuvo lugar el 7 de Junio, siendo Dupont ministro de Instrucción pública, Wornes-Clavelin, prefecto del departamento, y Trumelle, alcalde de la ciudad. El entusiasmo no fué tan grande como lo hubiera sido, sin duda, poco después de la invasión, en los días febriles, pero la satisfacción fué general. Se aplaudieron los discursos de los oradores y los uniformes de

los oficiales, y cuando cayó la tela verde que cubría á Eporédorix, el pueblo entero exclamó á la vez: «¡El señor Lacarelle!... ¡Es Lacarelle!... ¡Es el vivo retrato del señor Lacarelle!...»

Y, en efecto, había algo de eso. Pero Mateo Michel, el discípulo y émulo de David de Angers, aquel á quien su anciano maestro llamaba su Benjamín, el escultor republicano y patriota, el insurrecto del 48, el voluntario del 70, no había precisamente representado á Gustavo Lacarelle en aquel mármol heroico. ¡No! Aquel jefe de mirada huraña y dulce, que estrechaba la lanza contra el corazón y parecía meditar bajo el casco de anchas alas la poesía de Chateaubriand y la filosofía histórica de Enrique Martín, aquel militar sumergido en romántica melancolía, no era, como supuso el pueblo, un retrato del señor Lacarelle. El secretario del prefecto tenía los ojos grandes y saltones, la nariz corta y abultada en la punta, las mejillas blandas, la barbilla gorda; y el Eporédorix de Mateo Michel lanzaba al horizonte la mirada de sus pupilas profundas. Su nariz era recta, el contorno de su fisonomía puro y clásico; pero, lo mismo que Lacarelle, ostentaba terribles bigotes, cuyas largas guías se divisaban desde todos los puntos del horizonte.

La multitud, admirada de semejante parecido, saludó unánimemente al señor Lacarelle con el glorioso nombre de Eporédorix, y desde entonces el secretario de la prefectura se esforzó por realizar públicamente el tipo popular del Galo y ajus-

tar á este fin en toda circunstancia, sus actos y sus palabras. Lacarelle lo consiguió con facilidad porque venía ya preparado de la Universidad y porque sólo le pedían que fuera jovial, chistoso y picaresco en algunas ocasiones. Opinaron que tendría mucha gracia que besara á las mujeres, y se aplicó á la obra con entusiasmo. Casadas, solteras, mocitas guapas, feas, jóvenes y viejas, las besaba siempre á todas por gracia y sin mala intención, pues era un hombre de buenas costumbres. Y por esto, al encontrar á la señora Bergeret sola en el salón, donde esperaba á la señora Lacarelle, la besó inmediatamente. La señora Bergeret no desconocía las costumbres de Lacarelle, pero su vanidad, que era grande, obcecó su entendimiento, que era escaso. Creyó ser acariciada por amor y sintió movimientos confusos que agitaban su pecho tumultuosamente y la hicieron desfallecer de modo que cayó anhelante en brazos del señor Lacarelle, el cual se quedó sorprendido y azorado. Pero esto halagaba su amor propio. Sentó lo mejor que pudo á la señora Bergeret en un diván, é inclinándose sobre ella, dijo con voz impregnada de simpatía:

—¡Pobre señora!... ¡Tan encantadora y tan infeliz!... ¡Nos deja!... ¿Se marcha usted mañana?...

Y depositó en su frente un cándido beso. La señora Bergeret, cuyos nervios estaban muy alterados, rompió á llorar. Luego, lentamente, con gravedad y dulzura, devolvió á Lacarelle el beso

que la había dado. En aquel instante la señora Lacarelle entraba en el salón.

Al otro día toda la ciudad juzgaba severamente á la señora Bergeret.

II

El duque de Brecé recibía aquel día en Brecé al general Cartier de Chalmot, al padre Guitrel y al señor Lerond, abogado fiscal dimisionario. Habían visitado las cuadras, las perrerías, el gallinero, todo, hablando sin cesar del Proceso.

Al declinar el día se paseaban por la avenida principal del parque. Ante ellos, bajo un cielo aborregado, el castillo alzaba su pesada fachada cargada de frontones y coronada de tejados á la imperial.

—Lo repito—dijo el señor de Brecé—, la agitación promovida en torno de este asunto no es y no puede ser más que una maniobra execrable de los enemigos de Francia.

—Y de la religión—añadió con dulzura el padre Guitrel—sí señor, y de la religión. No se puede ser buen francés sin ser buen cristiano. Y ya vemos que el escándalo está promovido principalmente por los librepensadores, los francmasones, los protestantes.

—Y por los judíos—prosiguió el señor de Brecé—por los judíos y los alemanes. ¡Qué audacia más inaudita discutir la decisión de un Consejo de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO